

ÚLTIMA FRONTERA
de la lucha contra
la derechización en México

por
ARTURO ROMO GUTIÉRREZ



ÍNDICE

ADVERTENCIA Y AGRADECIMIENTOS	7
1. SE ANUNCIA EL VENTUROSO REINO DE LOS EMPRESARIOS	9
La regresión, 9; Los poderes económicos se sublevan, 12; El gran viraje, 17; El neoliberalismo, 18; El poder cambia de gerente, 21; Dos distintas concepciones de la vida, 25	
2. ¿POR QUÉ NOS ENCONTRAMOS EN ESTA LAMENTABLE SITUACIÓN?	32
<i>El capitalismo en su fase expansionista</i> , 32	
<i>La lucha de las clases sociales</i> , 34	
“El abrazo de los contrarios”, 36; Entre la libertad y la opresión, 36; La primera gran tragedia nacional, 39; El Imperialismo en la vida de México, 41; Se incuba la dictadura porfirista, 46; La primera revolución social del siglo xx, 48	
<i>Un siglo de tentativas contrarrevolucionarias</i> , 50	
La docena trágica y el inicio del movimiento pendular, 55; Un extraño matrimonio de conjurados, 57; El capital industrial y el bancario se fusionan con el financiero, 59; Los empresarios y la institución presidencial, 60; México, S.A., 63; La demolición del Estado mexicano, 64; Advertencias recibidas con desdén, 66; El gran capital pone sitio a las instituciones, 69; El Frente Democrático Nacional, 70; La derecha ajusta tácticas: disimula, recurre a la máscara política, intenta dividir a los mexicanos, 70; La reforma del artículo 27 de la Constitución, 72; La cuestión religiosa, 78; El artículo 82, 80; Los sucesos de 1993-1995, 82; La crisis de las instituciones financieras, 83; Las paradojas de la lucha o el precario desarrollo de la conciencia política, 85; El monopartidismo constituido por dos fracciones: PRI y PAN, 89; Una primera conclusión, 90; Autocrítica, 93; Por la ruta de la vergüenza y el atraso, 100; Fox y los apremios del Imperio, 101; Un once de septiembre, 102; Peor de lo mismo: ¿Epílogo o punto de partida?, 104	
3. QUÉ HACER?	106
“Para un revolucionario el fracaso es un trampolín”, 106; Conversión del Estado de origen revolucionario en Estado de los empresarios, 107; Un país a la deriva. El cambio no es otra cosa que el mismo neoliberalismo del pasado, 111; Un nuevo conjunto de	

fuerzas al poder, 115; Un acuerdo vital para construir un futuro mejor, 119; "Hermanos, Cuchillos" 127; Hace falta en México un gran partido de las izquierdas, 128; Las elecciones estatales y el Congreso, 130; Si los sesgados intereses..., 132; El Ejército Zapatista de Liberación Nacional, 134; ¿Qué puede unir al campo progresista y con éste a la mayoría del pueblo?, 135; "Mientras respire un soñador habrá esperanza", 136; Una propuesta visionaria, 139; La nueva sociedad mexicana 160; Tomemos el cielo "por asalto". "...Dejemos siquiera vivir nuestro derecho", 163

ADVERTENCIA Y AGRADECIMIENTOS

El propósito central de este trabajo es llamar la atención sobre el fenómeno de la contrarrevolución en México. ¿Qué significa? ¿Cuándo se configuró? ¿Cuáles son las finalidades primordiales que persigue y cómo pretende conseguir las? ¿A qué intereses sirve cuando se encuentra en el gobierno?

Claro está que el examen de un tema tan vasto y complejo no puede agotarse en un libro tan breve. Es tanta la riqueza y tan variados los acontecimientos que dan forma y contenido al fenómeno contrarrevolucionario, que sería osado tratar de asirlo en su totalidad. Sólo se quiere subrayar lo que de él es esencial para su comprensión y acaso para contribuir a un debate más amplio y elevado.

Apenas se debe mencionar que éste no es un libro de carácter histórico, sino esencialmente político, y que las referencias a sucesos relevantes en la evolución de México son las estrictamente necesarias a un entendimiento básico: los poderes que fueron son los poderes que son.

Tampoco es un libro ideológicamente neutral puesto que milita en el terreno de la revolución social; más, su confesa pertenencia al partido de los proletarios no resta rigor al análisis político: la pasión no sustituye a la razón ni la doctrina a la objetividad.

En el documento encontrará el lector una suma decantada de las tesis ideológicas, teóricas y políticas, que dieron vigoroso impulso a las luchas desplegadas por los trabajadores en una significativa etapa de su existencia como clase social revolucionaria. Lo relevante de la cita es que dichas tesis fueron inteligentemente convertidas en estrategias que produjeron transformaciones de gran calado en el orden institucional que rige la vida de los mexicanos. Por consiguiente, las propuestas programáticas y de líneas de acción que se formulan en la parte final del libro tienen el valor de un camino en parte recorrido y de una rica experiencia histórica que no puede desestimarse.

Mucho debe este trabajo a la solidaridad y el entusiasmo de los amigos y compañeros que en todo momento me indujeron a su elaboración y en no pocas ocasiones lograron enriquecerlo con sus certeras

opiniones. Menciono por orden alfabético a los más perseverantes:

Óscar Aguilar, Leobardo Casanova, Gilberto y Gustavo Dévora, Carlos Ulises Girón, Judith Magdalena Guerrero, Esaú Hernández, Crencio Herrera, José Manuel Maldonado, Juan S. Millán, María Isabel Morales, Arturo Octavio Romo, Jesús Romo; María Teresa, Irma, Virginia y Raúl Romo; Jesús Sánchez, Gildardo Suárez, Jaime Torres y Guillermo Ulloa.

Mi agradecimiento muy especial para Miguel Covián Pérez y Horacio Labastida Muñoz, amigos entrañables. A Covián Pérez por sus atinados comentarios que ayudaron a mejor orientar el capítulo primero. A Labastida Muñoz, por su clara y metódica disertación acerca del fenómeno de la contrarrevolución en México. A ambos, por su buena disposición para el autor, actitud que fue invariable.

EL AUTOR

1. SE ANUNCIA EL VENTUROSO REINO DE LOS EMPRESARIOS

La regresión

Dos de julio de 2000. Entrada la noche, los medios electrónicos difundían la voz y la imagen del primer mandatario del país. Decía tener información confiable sobre los resultados de la elección presidencial y anunciaba que el candidato postulado formalmente por una alianza partidista, pero impulsado en los hechos por una coalición empresarial, había obtenido una victoria inobjetable. Erigido virtualmente en colegio electoral, reconocía, antes que los órganos legalmente facultados para ello, un resultado adverso para la institución política de la que habían surgido en los últimos siete decenios todos los titulares del Poder Ejecutivo Federal, incluido él mismo. Asumiendo el ropaje artificioso de un demócrata impoluto, Ernesto Zedillo se apresuraba a crear un impedimento políticamente insalvable para que ninguno pudiese objetar la prematura constancia de mayoría que de propia autoridad había expedido a favor de Vicente Fox. Se advertía en el improvisado oficiante de la democracia, un gesto de íntima satisfacción.

Atrás habían quedado los discursos agresivos y provocadores de quien, durante la contienda electoral, perfilábase como el próximo gerente y promotor de los grandes capitales del país y del extranjero. Diluidas en el tiempo quedarían, también, sus promesas sin futuro y el oportunismo disolvente de políticos e intelectuales reclutados por los aliancistas. En adelante, sólo la cruda realidad: comenzaba el venturoso reino de los empresarios y sus dóciles ujieres se aprestaban a instalarse en los puestos clave del gobierno, con pretensiones de permanencia milenaria, en recóndita semejanza con las prédicas ominosas del III Reich. Diecinueve años antes.

El reloj marcaba las once de la noche de uno de los días de junio de 1981. Iniciaba el proceso de la sucesión presidencial. José López Portillo cavilaba en su despacho de Los Pinos. Como todos sus antecesores, era el líder reconocido del partido en el gobierno, la pieza vital del sistema político, el "fiel de la balanza" que inclinaría el peso

de la decisión en favor de alguno de sus colaboradores más cercanos. Su responsabilidad en el curso de los acontecimientos ulteriores habría de ser mayor a la de cualquiera otra asumida durante su mandato. Del acierto o desacierto con que ejerciera la atribución, no escrita, que el sistema político confería a quien desempeñaba la Presidencia de la República, dependería el balance que el pueblo haría de su gestión. Por lo tanto, examinaba con extremo cuidado la situación interna y la internacional, pensaba en las perspectivas del desarrollo nacional al corto, mediano y largo plazos, hacía el recuento de los problemas económicos y sociales no resueltos, leía, releía y analizaba los resultados de las encuestas que había ordenado, meditaba sobre las opiniones expresadas por los hombres y mujeres representativos de los sectores organizados de la sociedad y, a la luz de los datos y conclusiones obtenidos, ponderaba a los prospectos.

Ninguna decisión más difícil y trascendente que ésta en manos de un solo hombre, cuyo bagaje de información siempre sería insuficiente frente a la grave responsabilidad por asumir. Ninguna facultad más importante que la que le concede, por un solo instante, la dignidad de semidiós, o le confina, para siempre, en el ominoso papel de enterrador de la esperanza. En el elenco de sus colaboradores, varios habían mostrado cualidades para considerarlos elegibles: Miguel de la Madrid Hurtado, secretario de Programación y Presupuesto, Jorge de la Vega Domínguez, de Comercio y Fomento Industrial, Javier García Paniagua, de Reforma Agraria, David Ibarra Muñoz, de Hacienda y Crédito Público, Pedro Ojeda Paullada, de Trabajo y Previsión Social, Enrique Olivares Santana, de Gobernación, Fernando Solana, de Educación Pública, y Jorge Díaz Serrano, director de Petróleos Mexicanos.

La crisis económica ya asomaba en el país. Aunque su magnitud no podía preverse por entonces, se percibían sus primeros signos y manifestaciones. Como consecuencia, la lista de los probables sucesores se redujo paulatinamente hasta dejar vigentes solamente a dos: Miguel de la Madrid Hurtado, con credenciales de jurista y una amplia trayectoria en funciones públicas vinculadas con la economía, y Javier García Paniagua, político por antonomasia y hombre de carácter recio que inspiraba bien merecido respeto a los más activos y menos sumisos factores reales de poder.

En los meses siguientes, los precios de los hidrocarburos cayeron de golpe cuatro dólares por barril. Por ende, el gasto público se redujo severamente, obligando a limitar o suprimir programas y a sus-

pender o cancelar obras de beneficio colectivo. Se encareció el dinero. El costo de la deuda externa se incrementó tres veces y sus plazos de vencimiento se acortaron hasta casi asfixiar las finanzas nacionales. La inflación se disparó peligrosamente, empobreciendo todavía más a los hogares proletarios y enriqueciendo a cazadores de fortuna y especuladores. El desempleo aumentó a niveles de irritación social. La industria se estancó y los capitales huyeron como golondrinas asustadas, no sin antes perpetrar el postrer saqueo a las reservas monetarias del país. La economía se desordenó y terminó por perderse la confianza en el gobierno y sus instituciones. De cuantos males padecían, culpaban los mexicanos al presidente de la República, destinatario único de todas las presiones lícitas e ilícitas que se agitaban en la vida nacional. En medio de la suspicacia colectiva, concluyeron abruptamente cuatro años de crecimiento sostenido y en varios rubros espectacular. De la fundada expectativa, "administración de la abundancia", la nación entró en una pendiente de la que surgirían males más graves que la crisis misma.

La inequidad implícita en un orden económico internacional, que se había concebido y operaba como una herramienta a modo de hacer más pesadas las cadenas de la dependencia y obstruir el avance de los pueblos en vías de desarrollo, se acentuó hasta impedir toda posibilidad de crecimiento. Apenas unos años antes, los países productores de petróleo habían logrado escapar por vez primera del oprobio de la subordinación, al establecer un acuerdo de principios y de método sobre producción, abasto y precios de los hidrocarburos que desembocó en el histórico Acuerdo de Teherán, firmado en febrero de 1971, e hizo pasar súbitamente a manos de los productores el control de las decisiones en esta importante materia. Sería ése el instante fugaz en que los anhelos de redención de los países del llamado tercer mundo parecían cristalizar. Después vendría el esquirolaje que rompería el frente de los de abajo, seguido del reagrupamiento de los poderosos y la búsqueda de tecnologías aptas para reducir el consumo de energéticos.

Cuando la transición sexenal 1981-1982 se inició en México, todos los resortes de la economía mundial y sus estructuras financieras estaban de nueva cuenta en las manos de los ricos, quienes los hacían tensar o destensar al gusto de sus egoístas intereses. Propiciaban el alza de las tasas de interés, para mermar los recursos provenientes de los castigados precios del petróleo, encarecían terriblemente las manufacturas, maniobraban para bajar a niveles irrisorios el monto de